

# Algunas reflexiones sobre el matrimonio mixto

Luis Irastorza

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Economista Autor de *Las ciudades en el siglo XXI. Ensayo sobre los aspectos socioeconómicos, tecnológicos energéticos y climáticos*

El hombre es un ser con una fuerte vocación social, que necesita interactuar con otras personas en muchos ámbitos. Desde el origen de nuestra especie, el desarrollo y la superación de las dificultades siempre estuvo muy ligado a una colaboración muy intensa con sus semejantes. De forma continua necesitamos a otras personas para poder desarrollar nuestras vidas, en cualquier fase de la misma, aunque en los periodos de infancia y de vejez esta necesidad es mucho más intensa.

En las sociedades complejas como en las que vivimos, esta interdependencia es aún mucho mayor. Nos relacionamos de forma continua con muchas otras personas tanto en el trabajo como en los tiempos de esparcimiento; fruto de estas relaciones muchas veces surgen sentimientos muy profundos de cariño y, a veces, de amis-

tad, probablemente una de las vivencias más profundas y transformadoras de nuestras vidas.

Ahora bien, hay un espacio donde una persona tiene la inmensa oportunidad de desarrollar su propio proyecto y de darle un toque absolutamente personal. Este lugar es la familia. Es el lugar para poder sentirse uno mismo, sin necesidad alguna de esconder o matizar algunos aspectos de nuestra propia personalidad o bien de nuestras opiniones sobre cuestiones que verdaderamente nos interesan o nos inquietan. Es el lugar donde construir, poco a poco, una relación de complicidad y de confianza con la pareja. Es también la oportunidad de transmitir a los hijos aquellos valores que consideramos harían cambiar completamente nuestra sociedad, aunque luego la propia realidad y la relación con otros

padres con los mismos sueños y parecidas realidades se encarguen de rebajar un tanto nuestras expectativas.

La familia está basada en la relación de la pareja, aunque más tarde, a medida que los hijos van creciendo, se crean otras relaciones entre cada uno de los padres y cada uno de los hijos y también entre los hermanos, que son también de enorme importancia y que suponen grandes oportunidades para el desarrollo y el crecimiento de todos los miembros de la familia. En todo caso, la relación de la pareja, origen de la familia desde antes de su constitución, constituye el elemento fundamental que ilumina cualesquiera otras relaciones entre padres e hijos y, también, entre éstos.

En mi caso, me enamoré de una forma tan profunda que llegué a intuir con enorme intensidad que el camino más adecuado y el único que me haría feliz era el fundar una familia y trascender a partir de unos hijos. La persona de la que me enamoré, ahora mi esposa y madre de mis tres hijos, era y es –afortunadamente– musulmana. El amor y, en cierta forma también la amistad cuando alcanza ciertas cotas, nos proporciona un sentimiento de absoluta necesidad de trascendencia, de infinitud; cuando queremos a

alguien con un sentimiento puro y profundo, no podemos aceptar que dicho sentimiento esté limitado al estrecho marco temporal de nuestra vida ni de la del ser querido. En el fondo, el amor y la amistad profundos nos acercan a la trascendencia, a la infinitud, en una palabra, a Dios. Habría un claro elemento de irracionalidad en el Universo si ese sentimiento puro de amor o de amistad desapareciera con la persona a la que queremos, puesto que tendríamos una absoluta necesidad de algo que no existiría tras la muerte; por tanto, racionalidad y amor son probablemente la prueba más convincente de la existencia de Dios y no me cabe duda de que han estado muy presentes en los razonamientos y especulaciones egipcios –*Libro de los Muertos*– y mesopotámicos –especialmente, en la *Epopéya de Gilgamesh*–, que, tras una larga y muchas veces zigzagueante trayectoria, llevaron a los judíos a la Revelación de un Dios único para que la vida tuviera un sentido pleno. Ese monoteísmo radical y su propia configuración como un Dios personal –y no como algo difuso, aunque necesario para la razón– es el que han heredado las tradiciones cristiana y musulmana, con cambios de acentos y matices a lo largo del tiempo, pero siempre dentro del estrecho

marco que configuró la especulación judía en el libro que los cristianos denominamos *Antiguo Testamento*.

Aunque el enamoramiento nos acerca de una manera muy intensa a los conceptos de trascendencia y de infinitud, me costó mucho tiempo –más de diez años– entender que el amor tiene unas grandes dosis de voluntad. Fue un amigo el que me dijo esto un día y debo reconocer que yo le intenté convencer de que estaba completamente equivocado; de hecho, pensé que quizá ésa fuera su experiencia pero que distaba mucho de ser la mía, en la que consideraba que el amor fluía por sí mismo, que era como una fuerza autónoma. Poco a poco me fui dando cuenta de que para querer a una persona a lo largo del tiempo, es necesario desear quererla, que hacen falta importantes dosis de esfuerzo y de renuncia. Aunque pueda resultar poco intuitivo, la vida es así, está organizada de esta manera, de la misma forma que el Universo se expande aceleradamente aunque esto contradiga nuestro entendimiento del mismo a partir de nuestra experiencia inmediata, en la que la fuerza de la gravitación –modulada con la relatividad– explica con mucha precisión los movimientos

de los astros y de las galaxias que observamos.

En mi opinión, existen dos cuestiones de gran relevancia a las que, de una forma implícita o explícita, hay que dar una respuesta personal a lo largo de la vida: una es sobre la existencia de Dios, sus características y su relación con uno mismo; la otra se refiere a la existencia o no de Verdad, si existe Verdad en alguna de las afirmaciones sobre las que basamos nuestra vida que pueda resistir a las pruebas de unicidad, en cualquier contexto y en cualquier tiempo. La respuesta a estas dos grandes preguntas únicamente puede encontrarse en el ámbito de la filosofía o de la religión. Tanto una como otra han aspirado siempre a la Verdad, aunque algunos movimientos filosóficos a partir de la Segunda Guerra Mundial –por ejemplo, el posmodernismo– hayan renunciado a la misma. La convivencia con una persona a la que se quiere y que tiene diferentes criterios sobre ambos conceptos me ha obligado a un esfuerzo ímprobo, aunque debo reconocer que me está resultando apasionante. Algo que he aprendido es que para comprender a alguien, es absolutamente necesario quererle –por eso, muchas madres entienden mejor a su propio hijo que un psicólogo que quiera analizarle–,

aunque ello no resulta suficiente. Esta necesidad de querer como condición necesaria para el entendimiento de una persona es también aplicable a otras culturas y a otras sociedades. En mi caso, el camino hacia la comprensión de la cultura y la civilización islámicas –hay alrededor de unos 1.500 millones de musulmanes, de los que alrededor de una cuarta parte son árabes– fue a partir del cariño inmenso que me demostró siempre la familia de mi esposa, lo que suscitó en mí un deseo inmenso de comprenderles en profundidad. Primero les quise y luego fui comprendiendo, poco a poco, su contexto cultural y sus condicionamientos históricos e intelectuales; curiosamente, esto me permitió conocer mejor mi propia estructura mental con la que comprendo el mundo.

Es claro que la percepción de lo que somos depende, en gran medida, de un relato común, de un concreto contexto cultural. Estoy convencido de que la verdad histórica no existe o, al menos, no es aprehensible por el hombre, al tener tantos matices y puntos de vista que no es posible para nadie –ni siquiera para los eruditos– captarla en su globalidad. Cuando hace poco hablaba con un conocido catedrático de filosofía de la historia sobre es-

ta cuestión, para mí de enorme relevancia, me reconoció que cuando él escribía algún ensayo sobre historia, procuraba dar voz a aquéllos que no pueden hablar con el objeto de que el lector pudiera captar algo más del carácter pluridimensional y poliédrico que tiene cualquier realidad histórica. Hechos históricos como la Reconquista –que un árabe culto nunca llamaría así sino la época de esplendor de El Ándalus–, la Edad Media o la conquista del Imperio Persa por Alejandro Magno, son susceptibles de ser relatados de formas muy diferentes, como reconoce –no sin cierta dosis de amargura– nuestro espléndido historiador Claudio Sánchez Albornoz en su magnífico libro –aunque escrito desde un determinado punto de vista, eso sí a partir de una enorme cantidad de documentación y referencias– *La España Musulmana*.

La constatación de que nuestra propia cosmovisión no es la única me llevó a una aventura, en la que sigo, de comprensión profunda de otras cosmovisiones, fundamentalmente de la de mi esposa. Camino arduo e infinito puesto que tenía el deseo de no traicionarme, de tener mi propia opinión de su cosmovisión, no fundirme de forma irracional con la suya, algo por otra parte completamen-

te imposible. Ello me llevó y me sigue llevando al estudio de la *Biblia*, del judaísmo, del islam, de la filosofía, de los principales místicos y filósofos musulmanes, de los principales teólogos cristianos; algo apasionante, pues descubrí a personajes increíbles como Miguel Asín Palacios, arabista sin igual, académico de la Historia y de la Lengua, quien, en su discurso de entrada en esta última a principios del siglo pasado, disertó sobre la enorme influencia de los pensadores musulmanes en *La Divina Comedia* de Dante; imagino cómo quedarían de sorprendidos el resto de los académicos al escuchar algo que ni siquiera intuían. El descubrimiento de místicos como Rumi, nuestro compatriota murciano Ibn Arabi o Al Ghazali, de pensadores como Al Farabi o nuestro compatriota cordobés Averroes o bien de científicos como Al Biruni o bien Ulugh Beg –reconocidos estos dos últimos como dos de los cinco científicos más relevantes del mundo entre los años 500 y 1500 DC–, me ha abierto un mundo absolutamente apasionante que nunca había imaginado y que nadie me había contado –ni siquiera sugerido– nunca. En concreto, Averroes ya se planteó en el siglo XII que era necesario separar la filosofía, donde era posible una aproximación totalmente racional, de la religión, donde había que uti-

lizar una forma de racionamiento muy diferente; Al Biruni (siglos X-XI), entre otras aportaciones, midió el diámetro de la Tierra con una aproximación que solo fue mejorada por los científicos franceses de la Ilustración cuando crearon el sistema métrico decimal; Ulugh Beg (siglo XV), nieto de Tamerlán, hizo un inventario de las estrellas con una gran precisión en el observatorio de Samarkanda; investigaciones recientes han demostrado que la revolución copernicana estuvo muy basada en las inconsistencias encontradas por astrónomos árabes en el modelo tolemaico, con el que no era posible explicar las diferencias entre modelo y realidad a pesar de las múltiples correcciones realizadas mediante cicloides y epicicloides; y también, el número y concepto de «cero» nos llegó a España y más tarde a Europa a través de los árabes –aunque se había creado en el siglo IV en Gupta, en la India–, lo que permitió adoptar el sistema decimal de numeración y poder calcular de una forma mucho más sencilla, sin necesidad de utilizar tablas.

En todo caso, la relación de pareja, sobre la que está basada toda la familia, tiene muchas otras dimensiones: las relaciones con los hijos, el trabajo –hoy en día, esta impone una gran tensión sobre

la familia por las especiales dificultades que se viven en nuestro país-, los amigos, la sociedad. Todas ellas suponen una oportunidad de enriquecimiento pero también crean desafíos a los que hay que hacer frente.

En síntesis, la existencia de dos religiones diferentes dentro de

una pareja genera desafíos y situaciones a las que hay que hacer frente como la convivencia íntima de dos cosmovisiones con profundas diferencias creadas a lo largo de los siglos pero, al mismo tiempo, constituye, sin duda, una enorme oportunidad para crecer y avanzar en el apasionante camino hacia la Verdad y hacia Dios. ■